

LA decapitación ritual en Mesoamérica.

Yolotl González¹.

DEAS-INAH.

Resumen.

El degollamiento fue una forma importante del ritual de dar muerte a las víctimas del sacrificio y de la decapitación posterior, así como la manera de cortar las cabezas para exhibirlas como trofeo, sobre todo en el *tzompantli*, o usarlas como ofrenda a los dioses o como fundación de edificios importantes. Se exponen los datos de los nuevos hallazgos arqueológicos y los resultados de nuevas investigaciones con relación a la decapitación.

Palabras clave.

Degollamiento-decapitación-Mesoamérica-*tzompantli*.

En muchas partes del mundo, el objetivo principal de matar a un hombre en una escaramuza o batalla formal era obtener cierta parte de su cuerpo como trofeo, especialmente la cabeza, creyéndose en parte que a través de esta se obtenían propiedades sobrenaturales que se compartían con todo el pueblo y al mismo tiempo le otorgaban un enorme prestigio. Para muchos de estos pueblos, cortar una cabeza, era un requisito indispensable para formar parte de la comunidad, una forma de iniciación y un requisito indispensable para obtener una esposa.

La costumbre de organizar *razzias* contra tribus vecinas enemigas con el objeto de obtener cabezas como trofeo, estuvo muy extendida en el mundo y sobrevivió por largo tiempo hasta principios del siglo XX en Asia, en Oceanía y en algunos pueblos de Sudamérica.

Estas cabezas se consideraban trofeos y muchas veces se les atribuían poderes sobrenaturales. Aunque el corte de una cabeza entre los pueblos mencionados no era una ofrenda a alguna deidad sino un trofeo de guerra, pensamos que pudo haber sido, el antecedente de un sacrificio humano.

En toda Mesoamérica –y seguramente en Sudamérica- se han encontrado evidencias de cabezas cortadas y/o llevadas como trofeo-adorno, seguramente como parte de un ritual. En Mesoamérica desde el preclásico (2500 a. C-200 d.C.) hasta el posclásico (900-1521 d.C.) se

¹Profesora-Investigadora de Tiempo completo en la Dirección de Etnología y Antropología Social (DEAS) del Instituto Nacional de Antropología e Historia; Profesora de asignatura sobre Culturas de Asia en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Contacto: gtorres_yolotl@yahoo.com.mx

han encontrado evidencias de tales prácticas. Nos concentraremos en las evidencias del Altiplano del Valle de México, sobre todo entre los mexicas.

Es conocido que los mexicas ofrecían gran número de víctimas en sacrificio a sus diferentes dioses en fiestas celebradas durante los dieciocho meses de 20 días más 5², en su calendario de 365 días, así como en fechas aniversarios de grandes acontecimientos como la consagración de un templo o la muerte de un rey. La forma más extendida de sacrificar a las víctimas era a través de la extracción del corazón aunque por excepción la muerte se llevaba a cabo por degollamiento Sin embargo, prácticamente a todos los sacrificados les era cortada la cabeza posteriormente y colocada en estructuras especiales para su exhibición³.

Además, las cabezas cortadas eran utilizadas como ofrendas especiales para determinados dioses, y en determinados rituales, como nos han mostrado las recientes excavaciones arqueológicas.

Esta ponencia se enfocará básicamente a la práctica del corte de cabezas entre los mexicas y pueblos vecinos, práctica que aparentemente, según nos muestran los datos arqueológicos, se llevó a cabo desde el preclásico medio.

Aunque todos los pueblos de Mesoamérica llevaron a cabo sacrificios por degollamiento y decapitación y varios compartieron muchos rasgos, cada uno tuvo sus modalidades particulares, entre las cuales estaba el uso que se daba a las cabezas, como ofrenda, como fundación de edificios o guardianes del lugar, exhibidas como trofeos, como “máscaras trofeo”, como adornos corporales, como caja de resonancia, como adorno en el cuerpo de esculturas que seguramente representan a gobernantes o sacerdotes importantes- esto último entre los mayas, los zapotecas, los colimenses y otros pueblos mesoamericanos, rasgos que comparten con culturas andinas, pero que aparentemente no se encontraban entre los mexicas. En toda la región de Mesoamérica, la cabeza era considerado un trofeo importante, pero el tratamiento que se le daba y la forma de exhibirlo era diferente: en estacas, a la entrada de las habitaciones o en los templos, incrustadas en las paredes sobre todo de los templos o en las grandes estructuras llamadas *tzompantli*, “hileras de cráneos”, que caracterizaron sobre todo a los mexicas⁴. En los manuscritos prehispánicos y posthispánicos conocidos como códices hay múltiples representaciones de decapitados; algunos personajes sostienen sus propias cabezas

² Estos días llamados *nemontemi* o inútiles, eran considerados de mal agüero.

³ Todos los datos en los que se basa esta ponencia provienen de las fuentes de los cronistas del siglo XVI Y XVII, de algunos códices y de los datos obtenidos en los descubrimientos arqueológicos.

⁴ Todos estos rituales han sido ampliamente descritos en mi libro *El sacrificio humano entre los mexicas* (1985). En el tema de la decapitación fue Christopher L. Moser pionero con su libro *Human Decapitation in Mesoamerica* escrito en 1973.

cortadas, y serpientes brotando del cuello, en lugar de su cabeza. Las famosas esculturas de Coyolxauhqui, una es su cabeza cortada y la otra su cabeza y sus brazos y piernas también cortadas.

Es bien conocido, por lo menos entre los antropólogos e historiadores de América, que los mesoamericanos practicaban gran número de sacrificios humanos para ofrendar a sus dioses, y que la manera más común - sobre todo en el postclásico- de matar a sus víctimas, en su mayoría cautivos de guerra, era extrayéndoles el corazón, aunque algunas de las formas de occisión ritual también fue la del degollamiento. Sin embargo, después del sacrificio, prácticamente a todos los cuerpos les era cortada la cabeza que era utilizada exhibiéndola de diversa maneras, como trofeo, o enterradas para llevar a cabo algún ritual propiciatorio.

Es indudable que al haber sido la extracción del corazón la forma principal de dar muerte, era porque se consideraba al corazón como la mayor ofrenda que podían ofrecer a sus dioses, pero la cabeza también era una parte muy importante del cuerpo, ya que en ésta se concentraba el *tonalli*, la energía vital del universo, cuya calidad o cualidad le correspondía al ser humano de acuerdo al día en el que nacía según el *tonalpohualli* o calendario de 260 días, dividido en 20 secciones de 13 días, cada uno de los cuales tenía su energía propia.

La noche anterior a que se efectuara un sacrificio, los ofrendantes junto con las futuras víctimas, pasaban una noche en vela, durante la cual se llevaban acabo una serie de rituales entre los que se encontraba cortar el cabello de la coronilla de las víctimas, el cual era guardado por los ofrendantes como una reliquia y era enterrado o quemado junto con ellos cuando morían.

Como se mencionó, la gran mayoría de los sacrificios se hacían por extracción de corazón, otros se hacían por flechamiento y muy pocos por degollamiento.

Los antropólogos físicos han insistido en que se debe hacer una diferencia entre el degollamiento y la decapitación para dar muerte a los individuos, recalcando que de acuerdo a la naturaleza líticas de los instrumentos empleados para llevar cabo el corte de la cabeza, era difícil llevar acabo la decapitación de un solo tajo como sucedió en otros lugares, donde había instrumentos de metal como hachas o espadas. O sea que con instrumentos hechos con obsidiana o con pedernal no era posible la muerte por desarticulación de la cabeza, sino más bien la muerte se produciría por el corte de estructuras blandas vitales, como los paquetes vasculares o la tráquea, así Stephen (: 183) dice que

“Degollar fue parte integral del sacrificio particularmente como primer paso hacia la decapitación (...). Es muy probable que los individuos fueran degollados primero

para producir una abundante cantidad de sangre para ofrendar. Luego cuando se procedía con la decapitación, el cuerpo era volteado y se usaba un hacha [de piedra] para cortar el cuello desde atrás.”

En el reciente volumen de *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana* que contiene 24 artículos y que está coordinado por Leonardo López Luján y Guilhem Olivier, destacan los estudios sobre tafonomía “perspectiva transdisciplinaria que ha demostrado gran notoriedad en la interpretación de los restos humanos” (Chávez Balderas :318) encontrados en varios sitios arqueológicos.

Como se ha mencionado, la mayor parte de las muertes sacrificiales fueron hechas a través de la extracción del corazón, pero hubo algunas, sobre todo de mujeres a las que se dio muerte mediante el degollamiento.

Como se mencionó, los sacrificios generalmente se llevaban a cabo durante los 18 meses del año de 365 días en los que se celebraba el ciclo agrícola, además de acontecimientos míticos y en ocasiones coronaciones o funerales de un rey o la consagración de un templo y en ellas, además de un gran número de cautivos de guerra se sacrificaban las llamadas *ixiptla* “imágenes vivas de los dioses”.

A continuación daré una relación de los sacrificios por degollamiento que se llevaban a cabo durante el calendario agrícola al que hemos hecho referencia y los que han sido registrados por diversos cronistas, especialmente por Fray Bernardino de Sahagún y por Fray Diego Durán.

Como se mencionó los rituales que se llevaban a cabo durante el año tenían mucha relación con el ciclo agrícola, la llegada de las aguas y el crecimiento del maíz, así en el mes llamado Huey tozozotli (Durán II:137), que correspondía más o menos a fines de abril y principios de mayo, se hacía una gran peregrinación de sacerdotes y de los principales de la ciudad a un cerro cercano que se llamaba Tláloc, en donde, en la madrugada, dentro de una litera, sin que nadie los viera unos sacerdotes degollaban a un niño como de 6 o 7 años y recogían su sangre en una vasija que rociaban sobre la imagen de Tláloc y los idolillos y las ofrendas recibidas. Mientras tanto, en la ciudad, Tenochtitlan se llevaban a cabo una serie de ceremonias y cuando bajaban del cerro los personajes que habían estado ahí, tomaban a una niña también de 6 años en una litera y la llevaban a la laguna, rodeada por mujeres y niños que cantaban bailaban a su alrededor. En un lugar llamado Pantitlan, que era un “sumidero” hincaban un gran tronco de árbol que habían cortado con anterioridad y degollaban a la niña con una fisga para matar patos, de tal manera que su sangre escurriera en el agua.

El octavo mes llamado Huey Tecuilhuitl celebraban a la diosa Xilonen (diosa de los *xilotes* o elotes tiernos). En esta época generalmente escaseaba la comida, y el gobernante repartía y daba de comer a los pobres. Durante la fiesta había una danza general, previa a la cual, participaban hombres y mujeres, y culminaba cuando sacrificaban a una mujer consagrada como la imagen de la diosa del maíz Xilonen. Las mujeres llamadas *cihuatlacamacazque*, especie de sacerdotisas, que servían en el templo de Xilonen, llevaban los ornamentos de la diosa. Toda la noche anterior al sacrificio velaban cantando y bailando y al amanecer los nobles y guerreros danzaban, en el mismo patio, junto con la mujer imagen de la diosa Xilonen y otras mujeres que la acompañaban. Así, bailando, llegaban al templo -que como la mayoría de éstos yacían sobre una pirámide- a donde la subían y ya arriba “la tomaba un sacerdote a cuestras espaldas con espaldas, y estando así la cortaban la cabeza y luego la sacaban el corazón y le ofrecían al sol.”

En esta misma fiesta, otras mujeres que también representaban “imágenes” de las diosas del maíz y de la fertilidad Quilaztli-Cihuacoatl y Chicomecoatl, también eran degolladas en el templo llamado Cinteopan, dedicado al dios del maíz. Sus cabezas eran cortadas y colocadas en el *tzompantli*.

Según la versión de Durán (II:139) la fiesta de la diosa Chicomecoatl, 7 Serpiente, o Chalchiuhcihuatl (mujer preciosa), se celebraba el 15 de septiembre, para lo cual se escogía una jovencita para que representara a la diosa, la cual ya consagrada, se le hacían una serie de ofrendas, incluyendo el sacrificio de hombres frente a su persona. Al amanecer del día de la fiesta, después de incensar a la muchacha la recostaban sobre una cama de mazorcas y semillas y la degollaban, “recogiendo la sangre en un lebrillejo y rociando con ella a la diosa de palo rociaban toda la pieza y todas las ofrendas de mazorca, y ají y calabaza, semillas y legumbres que allí habían” (*ibid*: 140). Posteriormente también la desollaban y su cabeza era colocada en el *tzompantli*.

De acuerdo con la versión de Sahagún, el undécimo mes se llamaba Ochpaniztli o “barredura”, y correspondía al equinoccio de otoño, a la recolecta de mazorcas maduras. Se festejaba a la diosa Teteo Inan o Toci, “Nuestra Abuela” o “la Madre de los Dioses”. Al entrar este mes danzaban durante ocho días, pasados los cuales la mujer que era la imagen de la diosa era arreglada con los ornamentos de ésta, salía junto con gran número de médicas y parteras haciendo una serie de ceremonias pero procuraban que la mujer no se entristeciera porque pensaban que sería un mal agüero. Llegada la noche, la ataviaban muy ricamente y le decían que la llevaban para dormir con algún gran señor. La subían al templo e igualmente,

“la tomaba uno a cuestras, espaldas con espaldas y de presto la cortaban la cabeza y luego la desollaban y un mancebo robusto vestíase el pellejo”.

Según la versión de Durán (II:146)

“mataban a esta india de la manera que diré: habiéndose recogido toda la gente en el templo bien de madrugada, antes que amaneciese sacaban a esta india santificada en diosa, y tomándola un sacerdote a cuestras, boca arriba y teniéndola asida por los brazos echada ella boca arriba en las espaldas del indio llegaba el sacrificador y echaba la mano de los cabellos y degollábala. De suerte del que la tenía se bañaba todo en sangre”.

Por otra parte en el décimo cuarto mes llamado Quecholli (un ave que tenía este nombre), en el que se festejaba al dios Mixcoatl (Sahagún I: 126) que se dedicaba básicamente a los cazadores, de hecho se hacía una gran cacería ritual, después de la cual, además de matar al representante del dios Mixcoatl, sacrificaban a muchas mujeres esposas de éste y de otros dos dioses. Todas las víctimas eran vestidas con ropa de papel. La noche anterior, como en el caso de otras futuras víctimas “delante del fuego cortábanles los cabellos de la coronilla y todos los que iban a morir quemaban sus pertenencias en el fuego con la idea de tenerlos en el otro mundo adonde irían después de la muerte.

Al día siguiente, primero eran sacrificados los cautivos, y tras ellos los representantes de los dioses Izcoatl y Tlamatzincatl, cada uno en su templo, las mujeres eran muertas en otro templo llamado Coatlan, y se aclara que

“estaban abajo, cerca del lugar donde espetaban las cabezas dos mujeres viejas que llamaban *teixamique*. Tenían cabe sí unas jícaras con tamales y una salsa de moli en una escudilla y en descendiendo a los que habían muerto, llevábanlos a donde estaban aquellas viejas y ellas metían en la boca a cada uno de los muertos cuatro bocadillo de pan, mojados en la salsa y rociábanlos las caras con unas hojas de caña mojada en agua clara y luego los cortaban las cabezas los que tenían cargo de esto, y las espetaban en unos varales, que estaban pasados por unos maderos como en ladera” (Sahagún:206).

De acuerdo con la versión de Durán de los rituales que se llevaban a cabo en este mes,

“después de una gran cacería ritual en la que participaban todos los principales del pueblo escogían a un indio y a una india a los que llamaban a ella Yoztlamiahual, y a él Mixcoatontli, a los que vestían como a los dioses que representaban. Para sacrificar a la india “daban cuatro golpes con ella en una peña grande que había en el templo, la cual tenía por nombre *teocomi*, que quiere decir, olla divina, y antes que acabase de morir, así aturdida por los golpes cortábanle la garganta, como quien degüella a un carnero y escurríanle la sangre sobre la misma peña. Acabada de morir, cortábanle la cabeza y llevánsela a Mixcoatontli, el cual la tomaba por los cabellos y poníase luego en medio de sus seguidores y la gente en orden y alrededor del patrio daban cuatro vueltas, a manera de procesión, y el que iba representando al ídolo Mixcoatontli en medio de sus servidores, con la cabeza en la mano, iba volviéndose a los unos y a los otros, hablándoles y amonestándoles cosas divinas y culto de los dioses. Acabada la procesión de cuatro vueltas, tornaban al que había representado a ídolo Mixcoatontli y sacrificabanlo a la misma manera que a los demás”...(Durán, I: 76, 77).

Además de estos datos proporcionados por los cronistas tenemos las evidencias de los estudios forénsicos de Carmen Pijoan y Josefina Mansilla (:314), quienes han documentado que los ministros de los templos de Mixcoatl demandaban “representantes” femeninos y masculinos para ser sacrificados, y que de las 170 cabezas decapitadas recobradas *in situ* del depósito del *tzompantli* en Tlatelolco, 55% eran femeninas y representaban a los seguidores en honor de Mixcoatl.

Según las mismas investigadoras tales ritos eran llevados a cabo en los confines del *teotlachco*, o juego de pelota sagrado: las mujeres eran ejecutadas golpeando su cabeza con un hacha de piedra y culminaban cortándole la garganta y la subsecuente decapitación: habiendo presentado la cabeza como una ofrenda a Mixcoatl, el cuerpo era arrastrado por el juego de pelota para bañarlo con sangre humana.

Con relación a esto último hay que tomar en cuenta que varios investigadores han asociado la decapitación con el juego de pelota, tema en el que no podemos entrar por el momento.

Hasta aquí hemos presentado las referencias de las muertes llevadas a cabo por degollamiento y no por extracción de corazón. Como hemos visto, en el caso de los mexicas sólo se trata de mujeres y de niños, aunque como nos dice Salvador Guille, arqueólogo encargado de las excavaciones en Tlatelolco (:298) que en este sitio “el ritual más común, tanto para espacios religiosos como para las áreas urbanas fue la decapitación humana y que las evidencias encontradas en Tlatelolco tienen una notable diferencia a las encontradas en el templo mayor de Tenochtitlan”, lo cual veremos un poco más adelante.

Ahora presentaremos ejemplos de danzas en las que se participaba e con las cabezas de los sacrificados.

En el segundo mes, alrededor del equinoccio de primavera, que se llamaba Tlacaxipehualiztli o “desollamiento de hombres”, se hacía una fiesta en honor del dios Xipetotec, o “Nuestro Señor el Desollado”, en el cual había una ceremonia especial llamada *tlahuahuanaliztli* “rayamiento”, conocido como sacrificio gladiatorio, en el cual luchaban de manera desigual uno a uno los cautivos más distinguidos por su valor, contra cuatro guerreros mexicas. Dado que los cautivos sólo eran provistos con un palo adornado con plumas para defenderse, y los guerreros mexicas iban bien armados, el cautivo era pronto vencido, tras lo cual era sacrificado extrayéndole el corazón y su cuerpo era desollado y su cabeza cortada.

“acabado de acuchillar y matar a los cautivos, luego todos los que estaban presentes, sacerdotes y principales, y los señores de los esclavos, comenzaban a danzar en su areito, enrededor de la piedra donde habían muerto a los cautivos; y los señores de los cautivos en el areito danzando y cantando, llevaban las cabezas de los cautivos asidas de los cabellos, colgadas de las manos derechas, llamaban a este areito, motzontecomaitotia “danza de las cabezas cortadas””. (Sahagún, I: 146).

Ya a final del año, en el mes de Tititl, la “semejanza de la diosa Amatecuhtli” era sacrificada de la manera usual, pero rápidamente le cortaban la cabeza y ésta “uno que iba vestido como Dios, llevaba la cabeza en la mano, agarrada de los cabellos y hacía con ellos los gestos de la danza guiando al resto”.

La danza era un elemento indispensable en todos los rituales, pero solamente en los dos mencionados se utilizaban las cabezas de sacrificados en la danza. La *motezontecomaitia* parece ser una danza triunfal, en la que el guerrero mostraba orgullosamente la cabeza del valiente enemigo muerto, de la que después se le despojaba para ir a parar al Tzompantli. Para la danza de la cabeza de la mujer muerta en Tititl debe buscarse otra explicación.

Ahora volvamos a lo que se hacía con las cabezas de los sacrificados: los cadáveres de éstos recibían un trato diferente si eran cautivos de guerra o esclavos, pero prácticamente todos iban a dar al *tzompantli*, aparentemente, antes de lo cual las cabezas de los cautivos de guerra eran descarnadas, así como algunas de las de los esclavos, y otras, las menos, eran comidas por los sacerdotes.

Motolinía (:74) dice que

“las cabezas de los que sacrificaban, en especial las de los tomados en guerra desollaban, y si eran señores principales, personas los así presos, desollábanles con sus cabellos y sacábanlas para las guardar. De éstas habían muchas al principio; y si no fuera porque tenían algunas barbas nadie creyera sino que eran rostros de niños y causábanlo esto estar como estaban secas”.

Esta cita y otras evidencias han hecho pensar a algunos investigadores que existió la reducción de cabezas.

Independientemente de la forma en que fueran sacrificados hombres, mujeres y niños, todas las cabezas eran colocadas en el *tzompantli*, de los cuales había en Tenochtitlan 7 adjuntos a los templos de los principales dioses. El más grande se encontraba frente al Templo Mayor, dedicado a Huitzilopochtli y a Tláloc, cerca del Gran Juego de Pelota Según describe Durán (II:23)

“la cual era una “larga y bien labrada palizada, cuanto de alto podía tener un alto árbol, hincados todos en ringlera, que de palo a palo había una braza, estos palos estaban todos barrenados con unos agujeros pequeños y tan espesos los agujeros que de uno a otro no había una vara, los cuales agujeros llegaban hasta la cumbre de los gruesos y altos palos.

De palo a palo por los agujeros venían unas varas delgadas, en las cuales estaban ensartadas calaveras de hombres por las sienes, tenía cada vara veinte cabezas, llegaban estas ringleras de calaveras hasta el alto de los maderos de la palizada de cabo a cabo, llena” (Durán, 1967, I: 23).

El mismo dominico relata que cuando la empalizada envejecía quitaban las cabezas que se caían y las reponían con nuevas.

Andrés De Tapia (:583) participe con Cortés en la conquista, describe el *tzompantli*, comentando que los postes verticales eran 60 o 70 y que él y un compañero contaron 136 mil calaveras. El mismo De Tapia, relata que en los extremos de la gran palizada del *tzompantli* estaba reforzada por torres de mampostería incrustada desde la base hasta la cima, con cráneos fijados en su lugar con mortero. Tezozomoc (1944: 119) a su vez relata que ocho soldados españoles “subieron a la parte superior del cu y contaron en las paredes 62 mil cráneos de gente sacrificada y vencida en las guerras y pegadas a las paredes del templo de Huitzilopochtli”.

El uso de un tipo diferente de *tzompantli* se ha registrado en otros lugares de Mesoamérica, en cuyo caso los cráneos eran perforados en forma vertical, en la parte superior del cráneo, y eran colgados o ensartados y se han encontrado tanto en la parte sur de Mesoamérica como en el norte, por ejemplo Marie Arethi Hers (: 234) encontró en Alta Vista vestigios de diversas estructuras de madera, a las cuales ella dice que deben denominárseles *tzompantli*, porque “independientemente de las diferencias formales [como la ubicación de la perforación en lo alto del cráneo] y por ende el modo de suspender las cabezas, se trata de trofeos humanos pertenecientes a una comunidad en conjunto y no a un individuo en particular y expuestos en armazones de madera, a la vista de todos...”

Entre los diversos hallazgos que se han hecho en los últimos años, destacan tanto los del Templo Mayor de Tenochtitlán como los de Tlatelolco. En relación al primero refiere que entre los innumerables sacrificios para diferentes rituales destacan los cráneos encontrados que habían pertenecido a los *tzompantlis*, pero también a las ofrendas encontradas en los diversos entierros. Ximena Chávez Balderas, aclara que la decapitación es “la separación de la cabeza de un cuerpo vivo o muerto (pero que conserve tejidos blandos) ya sea mediante desarticulación o corte” (: 319) y agrega que esto dependerá del instrumento empleado, lo cual condicionará si se trata de la forma de muerte o del tratamiento del cadáver”. “La tecnología lítica en el mundo precolombino [...] para la decapitación implica que la desarticulación se llevaba a cabo por lo menos en tres pasos: el corte del disco intervertebral, de las carillas articulares, así como de los ligamentos y músculos de la parte posterior de la columna”.

De acuerdo a la misma investigadora (:523) “los cráneos recuperados en las excavaciones del Templo mayor corresponden a distintos tratamientos mortuorios y se fechan entre 1469 y 1502. La muestra de estudio incluye 72 cráneos procedentes de 19 ofrendas, así como 5 más depositados en el relleno constructivo.” Los 72 individuos analizados corresponden a cráneos trofeo, máscaras cráneo y cráneos de *tzompantli* (:324), muy posiblemente todos fueron

sacrificados. En la muestra predominan individuos masculinos, pero también hay femeninos, de edades entre 20 y 30 años la mayoría, pocos mayores e infantes de 6 a 8 años de edad, uno como de cuatro años.

Consideraciones finales.

En las excavaciones que se han llevado en Tlatelolco, la ciudad gemela de Tenochtitlan, varios investigadores han hecho una serie de estudios muy interesantes, que como señala Guilliem Arroyo muestran un patrón muy diferente al de Tenochtitlan, con una mayor incidencia del degollamiento. Tlatelolco tenía también un templo dedicado a Huitzilopochtli y aparentemente varios *tzompantlis*, fue el último reducto desde donde se defendieron los mexicas contra los españoles y sus aliados antes de ser derrotados.

En 1962 González Rul excavó los restos del Gran *tzompantli* al noroeste de la gran pirámide de Tlatelolco encontrando 170 cráneos con sus mandíbulas, los cuales se encontraron alineados en grupos de cinco elementos, pero se dice que los depósitos hallados no fueron simultáneos. De estos cráneos las antropólogas físicas Carmen Pijoan y Josefina Mansilla (:308) en una extraordinaria investigación analizaron 100, 42 de los cuales resultaron de sexo femenino y de edad entre los 18 a los 40 años (:328), en los que han podido detectar los procedimientos empleados: primero para desprender la cabeza y después la manera en que desollaban la cara para obtener la máscara de piel y las máscaras cráneos.

De los 100 cráneos estudiados (*ibid*) todos ellos excepto uno, presentan grandes perforaciones circulares en la región de las sienas y marcas de cortes sobre la porción cerebral y facial de los cráneos, así como sobre el cuerpo y la rama ascendente de la mandíbula, tanto por la parte externa como por la interna [...]. Las perforaciones tienen diámetros mayores a 5 cm y fueron realizados post mortem por medio de múltiples percusiones, con un cincel o punzón de punta aguda y dura”.

Las investigadoras plantean (:312) que con relación a los cráneos del *tzompantli* “a los cuerpos de los sacrificados se les removi6 con cuidado la cabeza, a la cual se le elimin6 el cuero cabelludo, el tegumento y todos los m6sculos y tendones, con excepci6n de aqu6llos que sostienen la mand6bula. Despu6s les hicieron las perforaciones en las sienas para exponerlos ensartados en una vara”.

Tambi6n se encontraron restos de m6scaras cráneos, para lo cual “les era cortado el cráneo por detras de la sutura coronal, por medio del aserrado parcial, que se termin6 con una ruptura por doblado” (*ibid*: 309). La mayor parte eran de cráneos de sujetos masculinos. A muchas de

estas máscaras cráneo les eran colocados ojos de hematita y de concha y algunos eran cubiertos de placas de turquesa y de concha. También los cráneos completos eran cubiertos con placas de materiales preciosos y no se sabe si eran cráneos trofeo, de enemigos famosos o si eran cráneos de gobernantes del mismo grupo, ya que como se sabe entre los mayas algunos cráneos de gobernantes eran conservados cubiertos con betún, formando los rasgos de un ser vivo, de manera muy semejante a como lo hicieron los pueblos natufienses del cercano oriente hacía 9000 a.C.

En el Altiplano central de Mesoamérica fue muy común colocar cráneos, generalmente con mandíbulas y tres o cuatro vértebras cervicales, como ofrendas, tanto en edificios como acompañando entierros, por ejemplo, en el entierro cuatro de Teotihuacan aparentemente se enterraron 17 cabezas colocadas entre el relleno del edificio 6, sin orden y sin cuidado. Estos cráneos incluían las primeras vértebras cervicales lo cual indica que las cabezas conservaban los tejidos blandos cuando se depositaron (Sugiyama: 102). Matos (: 55) sugiere que la muerte que se les dio a la enorme cantidad de víctimas sacrificadas en Teotihuacan en el Templo de la Serpiente emplumada y en algunos casos en el de la Pirámide de la Luna, fue a través del degüello, por la posición del cadáver de las víctimas, seguramente soldados enemigos.

También menciona Matos (:55) que en el Templo Mayor de Tenochtitlan se encontró un pequeño adoratorio en cuyo interior había 38 cuerpos de niños que al parecer, fueron degollados en la época de Moctezma I, cuando ocurrió una gran hambruna

Independientemente de los cuerpos que parecen haber sido degollados para ayudar a la fuerza del edificio en donde fueron muertos y enterrados, se colocaban cabezas que cumplían esa función, las cuales se han hallado en múltiples excavaciones tanto en Teotihuacan, como en Tlatelolco, como en el Templo Mayor de Tenochtitlan.

Un rasgo que parece característico de estas regiones es el uso aparentemente ornamental, aunque también pudo haber sido ser ritual, de los maxilares inferiores, como los hallados en Teotihuacan, en donde los guerreros sacrificados en la pirámide de la luna en Teotihuacan llevaban maxilares humanos como collares y algunos otros collares de maxilares fabricados en concha.

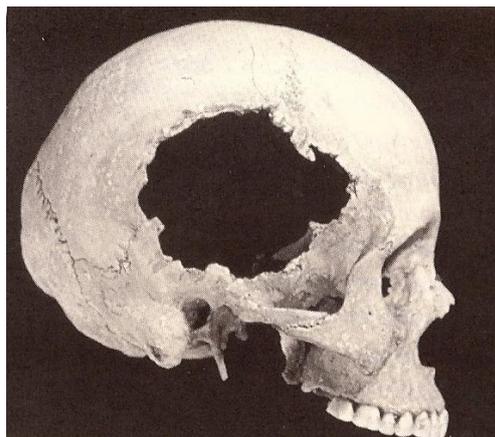
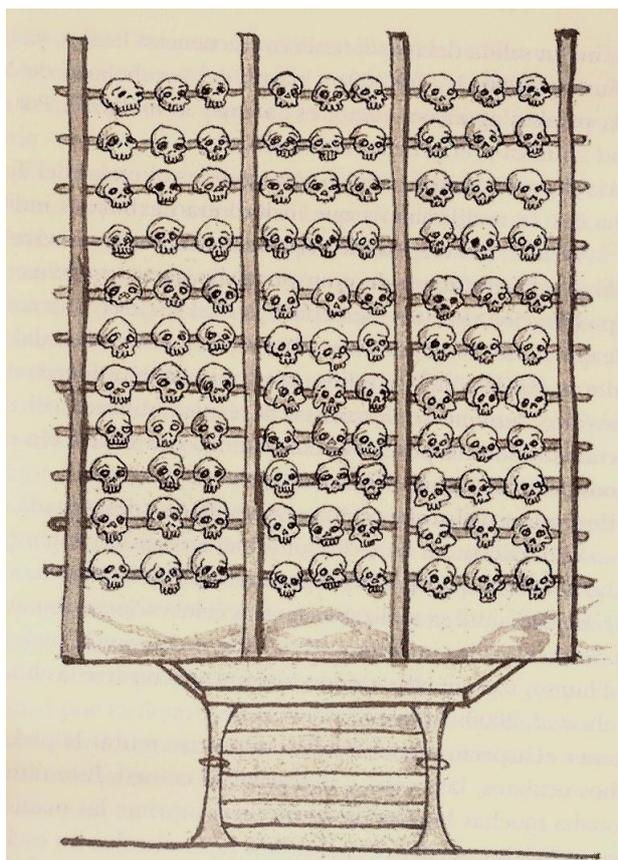
Podríamos continuar con la relación del uso de las cabezas de los sacrificados, sobre todo refiriéndonos a lo que ocurría entre los mayas, pero ello llevaría un espacio mucho mayor que no es posible cubrir en estos momentos.

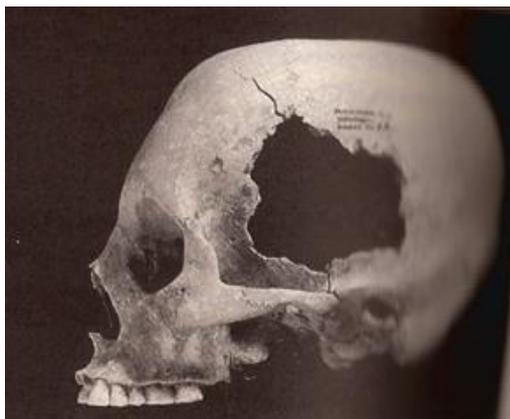
Ilustraciones⁵.

⁵ Salvo la ilustración de la Coyolxauhqui, todas las imágenes proceden del libro *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*.



Máscara-cráneo con cuchillos. Ofrenda 6 del Templo Mayor.

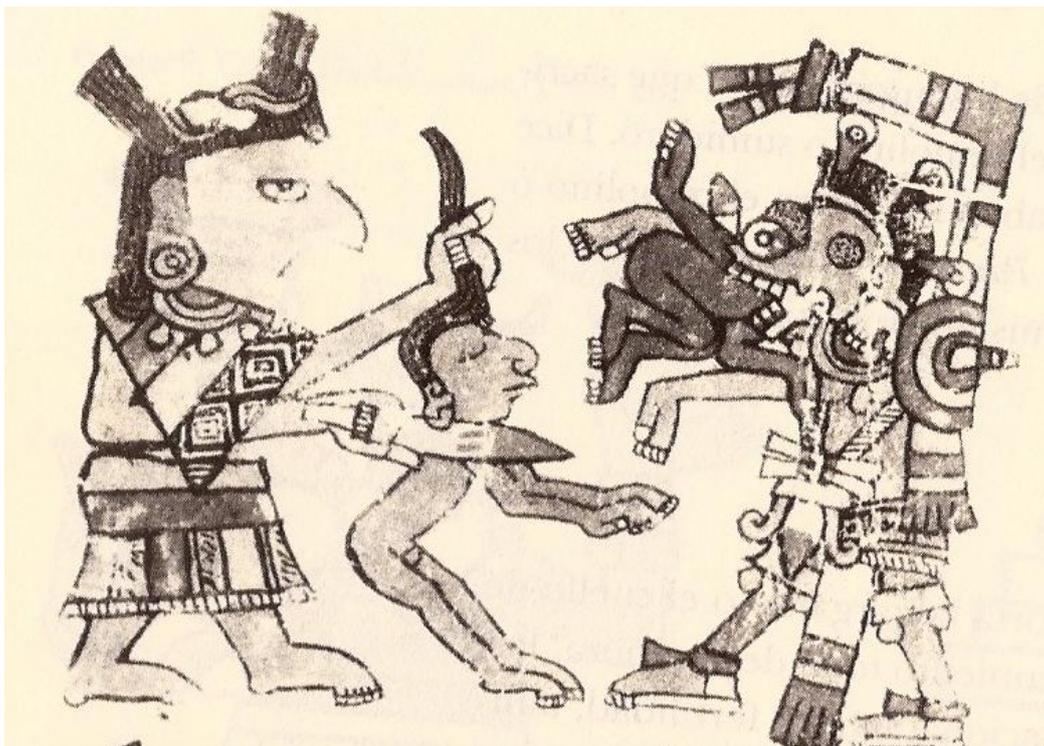




- 1.-Tzompantli según ilustración de Durán.
- 2.-Cráneos del tzompantli de Tlatelolco.



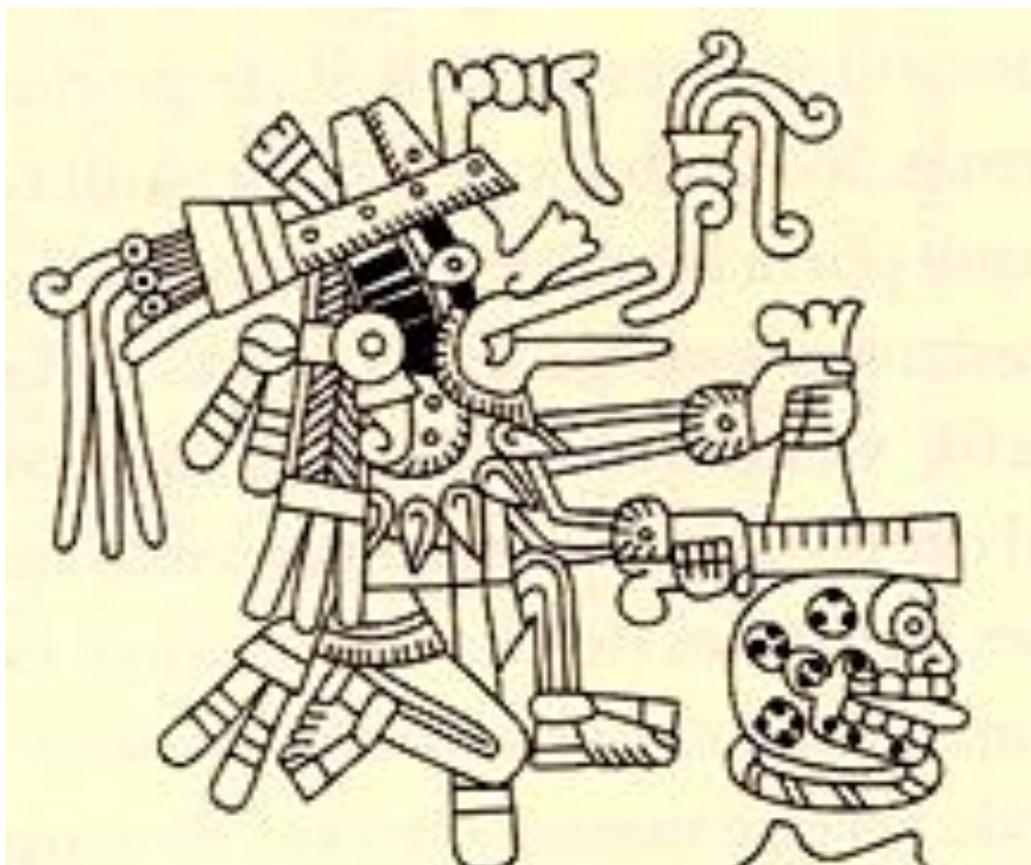
Códice Borbónico, Lam. 13.



Mujer degollando a un hombre frente a Mictlantecuhtli. *Códice Borgia*, Lam. 58.



Coyolxauhqui.



Quetzalcóatl tocando en un cráneo como instrumento de percusión. *Códice Yuta Tnobo*, p. 24.



Cráneo con mandíbula de otra persona, modificado y decorado para usarse posiblemente como caja de resonancia. Proviene de la tumba 7 de Monte Albán, Oaxaca.

Referencias.

- *Benavente, fray Toribio de, *Memoriales. Libro de las cosas de Nueva España y de los naturales de ella*, México, UNAM-IIIH, 1971.
- *Chávez Balderas, Ximena, “Decapitación ritual en el Templo Mayor de Tenochtitlan: estudio taxonómico”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIIH) 2010, p. 317-344.
- *De Tapia, Andrés, “Relación hecha por el Sr..., sobre la conquista de México”, en *Colección de documentos para la historia de México publicada por Joaquín García Icazbalceta*, 2a ed. Facsim, México, Porrúa, 1980, vol.1.
- *Durán, fray Diego De, *Historia de las Indias de la Nueva España y islas de la Tierra Firme*, México, Porrúa, 1967, 2 vols.
- *González Torres, Yolotl, *El sacrificio humano entre los mexicas*, 2ª. Reimpresión, México, INAH-F.C.E, 1992.
- *Guilliem Arroyo, Salvador, “Los contextos sacrificiales de México-Tlatelolco”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIIH) 2010, p. 275-300.
- *Hers, Marie Arethi, “El sacrificio humano entre los tolteca-chichimeca: los antecedentes norteños de las prácticas toltecas y mexicas”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIIH) 2010, p. 227-246.
- *López Luján, Leonardo, Ximena Chávez Balderas, Norma Valentín y Aurora Montúfar, “Huitzilopochtli y el sacrificio de niños en el Templo Mayor de Tenochtitlan”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIIH) 2010, p.367-394.
- *Matos Moctezuma, Eduardo, “La muerte del hombre por el hombre: el sacrificio humano”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIIH) 2010, p.243-264.
- *Moser, Cristopher L. *Human Decapitation in Mesoamerica*, Washington, Dumbarton Oaks, 1973, (Studies in Precolumbian Art and Archaeology 11).
- *Olivier, Guilhem y Leonardo López Luján, “El sacrificio humano en Mesoamérica: ayer, hoy y mañana”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIIH) 2010, p. 19-42.
- *Pijoan Aguade, Carmen María y Josefina Mansilla Lory, “Los cuerpos sacrificados: evidencias rituales”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIIH) 2010p. 301-316.
- *Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1969, vol 1.
- *Sugiyama, Saburo, “Sacrificios humanos dedicados a los monumentos principales de Teotihuacan”, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIIH) 2010 p. 79-114.

*Urcid, Javier, “El sacrificio humano en el suroeste de Mesoamérica, en Leonardo López Luján y Guilhem Olivier [coords.], *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, México, INAH-UNAM (IIH) 2010 p.115-168.

*Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica Mexicana*, México, Leyenda, 1944.